

Azúcar / poder / literatura

El 24 de enero de 1792, en Madrid, Francisco de Arango y Parreño firmaba un texto notable: me refiero a su conocido *Discurso sobre la Agricultura de La Habana y medios de fomentarla*, cuya importancia suelen destacar los científicos sociales y aun los historiadores de la literatura, quienes ven en su prosa clara y precisa una voluntad de estilo. Es curioso observar, sin embargo, que no se trata del primer texto pro-azucarero de Arango; tampoco puede decirse que aquí su prosa se diferencie de la de otros escritos anteriores. Quiero decir con esto que esa importancia del *Discurso*, la cual todos suscribimos, debe ser buscada fuera del contenido y la forma del texto. En efecto, enseguida caemos en la cuenta de que la jerarquía que le damos al *Discurso* emana del momento crucial en que éste fue redactado: la insurrección de los esclavos de Saint Domingue con la consiguiente destrucción de la base azucarera de la isla. Fue, pues, la *oportunidad* de este texto con respecto a un evento que podría haber ocurrido más temprano o más tarde, o incluso no haber ocurrido, o de haber ocurrido haberlo hecho de una manera no excepcional —recuérdese que esta insurrección de esclavos es la única en la historia que obtuvo un triunfo definitivo—, lo que hizo que fuera leído por la Corona de un modo imprevisto y, a la vez, favorable a los objetivos de su autor. Como se sabe, la magnitud de la insurrección sirvió a Arango de eje para reclamar del Trono medidas que beneficiaran a la manufactura azucarera de La Habana, de modo que ésta pudiera llenar el enorme vacío de azúcar que de repente se presentaba en el mercado. En su petición, sin embargo, Arango mira mucho más allá de los sucesos de Saint Domingue:

Hoy, en más feliz situación, por el funesto incremento que han tenido las desgracias del vecino, vendemos nuestros azúcares a un precio ventajosísimo; pero mañana ¿qué habrá? [...] Ahora bien; si en nada sobrepujamos la industria de nuestros rivales [...] ¿cómo podremos dar salida a nuestro sobrante luego que se llene el vacío que hoy tenemos, por la desgracia del Guarico? ¿De qué manera podremos sostener la concurrencia en el mercado extranjero? [...] La misma ventaja que hoy logramos en la venta de los azúcares puede sernos muy funesta, si no la sabemos aprovechar. Ya he dicho y repito que si se quiere fomentar este ramo, es menester que obremos como su estuviésemos en los tiempos anteriores a la insurrección [...], para que, cuando vuelvan, no nos encontremos en el triste caso en que estábamos.¹

Es evidente que Arango pide privilegios azucareros de toda suerte no sólo para esos años de coyuntura, sino para el futuro, «para siempre». Por otra parte, es bueno tener presente que tales privilegios concernían sólo a La Habana. Su *nosotros* aludía a los hacendados habaneros, su grupo social. Además, no es posible obviar el hecho de que

¹ Arango y Parreño, «Discurso sobre la Agricultura de la Habana y medios de fomentarla», *Obras* (Madrid: M. Galiano, 1862), I, ps. 63, 73, 88.

el *Discurso* fuera firmado por él en su calidad de Apoderado del Ayuntamiento de La Habana; esto es, su firma no era la de un habanero más, sino la del «apoderado» de la ciudad, la de aquél autorizado por la Corona para representarla y «hablar por ella». Su *Discurso*, pues, emana de un principio de autoridad que Arango maneja hábilmente para favorecer al grupo social al cual pertenece. Cuando la Corona accedió a sus razones, legitimó las aspiraciones de poder de este grupo.

Naturalmente, la hegemonía de la naciente sacarocracia habanera, para perdurar, debía apoyarse en algo más sólido que el *Discurso sobre la Agricultura de La Habana*. Esta conexión la proveía la sorprendente estrategia del discurso azucarero mundial, cuyo flujo avasallador dominaba desde el siglo XVII las transacciones mercantiles y, ya en la época de Arango, impulsaba —y era impulsado por— el discurso de la Revolución Industrial. Entonces no había mercancía más poderosa que el azúcar, de ahí que el texto de Arango pueda tomarse también como el vehículo que conectó a La Habana con el Poder.² En todo esto la Corona Española aparece como cómplice, o al menos como parte interesada. Sobre la firma de Arango se construyó la alianza entre la sacarocracia y el Gobierno de Madrid, la cual quedó expuesta de inmediato al aceptar Luis de las Casas, Capitán General y Gobernador de Cuba, ser un hacendado más. Su ingenio, llamado significativamente *La Amistad*, representaba un vínculo tan entrañable, que sesenta años más tarde Laplante no pudo sustraerse de reproducirlo en una de sus más hermosas láminas. Así, el *Discurso* se inserta en el espacio que separa dos Habanas: la de la factoría de tabaco y las trabas de la Real Compañía de Comercio, y la nueva Habana del *Papel Periódico*,³ el Real Consulado, la Sociedad Patriótica y las demás instituciones hijas del azúcar.

Si bien es cierto que en la búsqueda de textos que establezcan la hegemonía azucarera de La Habana podemos ir treinta años más atrás —1761, cuando Arrate escribe *Llave del Nuevo Mundo*, o un año después, donde hallamos el voluminoso legajo comercial dejado por la Ocupación Inglesa— es con el *Discurso* que se norma y legaliza «para siempre» los esponsales de la ciudad y el ingenio. El privilegio que tuvo Arango de manipular —sobre la difusa base del azar, el oportunismo, el poder y el deseo— la situación de Saint Domingue, contribuyó a que el discurso económico habanero sólo encontrara su significación mayor en el ámbito del azúcar. Esto, naturalmente, definió en gran medida el proceso de transformación de las estructuras de índole demográfica, política, social y cultural de la isla; pero, sobre todo, estableció las bases para que, entre todos los discursos presentes, el único que pudiera manifestarse como metadiscurso fuera el azucarero.

No obstante, tomar a Arango o a su *Discurso* como espacios que representan un «origen» sería un error de apreciación. Lo importante aquí no es Arango en tanto «autor», ni el *Discurso* en tanto «obra»; lo verdaderamente crucial reside en la posibilidad de constatar que hacia los finales del Setecientos existía en Cuba una superficie socio-económica dada que hacía factible la emergencia de un fuerte discurso de plantación ante

² *Sobre el azúcar y el poder*, véase Sidney W. Mintz, *Sweetness and Power* (New York: Viking Penguin, 1985); especialmente, pp. 151-186.

³ Aunque el *Papel Periódico* comenzó a circular en 1790, no es hasta tres años después, cuando pasa a la Sociedad Patriótica, que adquiere verdadero vuelo.

la coyuntura de un aumento creciente de la demanda de mercancías de plantación, creado por el desarrollo del capitalismo industrial, y una disminución sostenida de la oferta caribeña, provocada por la irreversible revolución en Saint Domingue, que hasta entonces había sido la colonia de plantación más rica del mundo. En realidad la «obra» de Arango ya estaba *abí*, fuera de Arango; esto en el sentido de que no es él quien estrictamente la precede. El rol de Arango consistió en manipular este discurso de plantación en términos exclusivos de azúcar; piénsese que podía haberlo hecho en términos de café o en términos de una diversificación agrícola. De esta manera su *Discurso* no es en rigor un discurso, sino un texto que se inserta en un discurso pre-existente de economía de plantación con la finalidad de limitarlo y regularlo. La función de Arango es afín a la del *editor*, pues consiste en seleccionar, excluir, anotar, subrayar, aquello que es contenido de discurso. Ahora bien, el hecho de ser el primero que manipulara en Cuba la nueva situación, le permitió definir a largo plazo el campo de analogías y diferencias que le darían especificidad al discurso económico cubano. Quiero decir con esto que al conocer y sancionar la Corona Española el enfoque restrictivo del texto de Arango, quedaban establecidos los principios para el desarrollo favorable de dos máquinas de poder, de dos hegemonías que, lejos de excluirse, se complementaban mutuamente: la de La Habana y la del azúcar. De esta manera el *Discurso sobre la Agricultura de La Habana y medios de fomentarla* puede leerse como un mito de fundación que se erige como panoplia o escudo de armas que legitima el ingenio habanero.

Podría entenderse que el rol que le confiero a Arango de «primer manipulador» de discursos no basta para explicar la presencia del *ingenio-para-siempre* en el acontecer cubano. En efecto, esta duda o sospecha no sólo tiene razón de ser sino que está sólidamente fundada. El alcance del texto de Arango está condicionado a la continuidad de ciertas estructuras en la sociedad cubana, puesto que sería su discontinuidad la que propiciaría la emergencia de nuevos discursos, los cuales, al manifestarse, habrían de ser manipulados por otros «autores» en términos hoy imprevisibles. Lo que ocurre es que Cuba, a pesar de haber experimentado profundos cambios políticos, continúa mostrando en sus estructuras económicas y sociales el impacto de la plantación azucarera prefigurada en el *Discurso* de Arango.

La plantación de azúcar —como sabía muy bien Arango— no era sólo un mecanismo agrícola; era la base de todo un sistema de relaciones de poder que suponía la perpetuidad de una estructura social caracterizada por una brusca división de segmentos: uno pequeño y dominante, y el otro grande y dominado, con un monopolio del poder en manos del primero.⁴ La máquina que transfería, almacenaba y generaba este poder era, por supuesto, el ingenio. Allí se concentraba el conocimiento técnico, administrativo y mercantil; era una célula socio-económica autónoma que contaba con población permanente, cultivos, corrales, ganado, talleres, almacenes, comercios, transporte, iglesia, barracas y viviendas, guardia privada e incluso plaza (batey) para reuniones y festejos. Incluso, más adelante, no sería infrecuente que tuviera su propio dinero, en forma de fichas, etc. El ingenio se bastaba a sí mismo, y como la máquina territorializadora que era, marchaba sobre las mejores tierras quemando bosques enteros a su paso, transfor-

⁴ Mintz, «*The Caribbean as a Socio-Cultural Area*», *Cahiers D'Histoire Mondiale*, IX, 4 (1966), pp. 922 y ss.